



CLIO

REVISTA BIMESTRE DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

EDICION A CARGO DE LA COMISION DE PUBLICACIONES

ACOGIDA A LA FIANQUICIA POSTAL Y TELEGRAFICA

Año XVIII

Ciudad Trujillo, República Dominicana, Mayo-Agosto de 1950

Núm. 87

Causas de la Anexión a España

Por EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

A veces los yerros de aquella tempestuosa época de Duarte y de Santana nos parecen delirios del amor de Patria; que si hasta en el bien hay su parte de mal, en el mal mismo que significaron esos yerros debemos buscar, comprensivamente, la razón patriótica que les dió vida. ¿Para qué buscar traidores y apóstatas donde podría encontrarse la figura de un prócer? De ellos necesita nuestra Patria, más que de vanos e injuriosos anatemas contra el pasado.

La verdad, aunque ello parezca contrasentido, muchas veces estaba en ambas partes, en los bandos en que las eternas pasiones dividen a los pueblos. De un lado los principios, siempre envueltos como un Dios en su manto immaculado; del otro la realidad, brutal y desnuda. El patriotismo, con sus cambiantes formas y matices, no era privilegio de uno sólo de esos grupos, sino de ambos. Si por diversos caminos, uno más recto que otro, se trataba de converger hacia el mismo destino, la felicidad de la República, el mal de la cruenta desavenencia no radicaba, en ese instante, en el corazón de los dirigentes de la época, sino en su informe educación política.

A estas reflexiones nos conduce el examen de las causas y circunstancias que produjeron la Anexión de la República Dominicana a España, considerada tantas veces, salvo atendibles excepciones, como "la gran traición del General Santana".

La Anexión no fué la obra de un instante ni tuvo sólo móviles políticos bastardos. Una serie de hechos fué dándole consistencia y fuerza a la idea de terminar de una vez, mediante la Anexión, con el es-

tado más que caótico de la República conturbada y en trances de anonadamiento por las agotadoras contiendas civiles y particularmente por los empeños conquistadores de Haití.

Con todas las limitaciones de que es susceptible una afirmación de tal carácter, debemos declarar que los verdaderos culpables de la Anexión fueron los políticos haitianos. Hechos, documentos reveladores apenas conocidos y opiniones bien severas aportan los claros elementos de prueba. Desde 1856, vencidos los haitianos en los campos de batalla, comprenden que es otro el camino que han de seguir en su frustrado empeño de reconquistar la parte española de la Isla. Entonces cambian de táctica. En vez de lanzar sus feroces ejércitos por los campos ya ensangrentados por Toussaint, Dessalines y Cristóbal, comienzan a prestar auxilios militares a los enemigos de Santana. A partir de ese grave momento los revolucionarios dominicanos pueden, impunemente, turbar la paz del país, empobrecido y angustiado, y obligar al Gobierno a movilizar tropas, restándole brazos al trabajo, para luego internarse en territorio haitiano. Es hecho insólito que se va repitiendo, cada día con más frecuencia, de 1859 a 1861.

A esta intolerable situación se agregan las demasías de los vecinos occidentales: muertes, depredaciones, contrabando, son las tremendas plagas que infestan, sin posible remedio, las regiones fronterizas. La mano fuerte de Santana impone el orden, pero transitoriamente. Desde que da la espalda se reproducen los mismos hechos, con mayor tenacidad y más lejano alcance.

De nada valen tampoco las gestiones conciliadoras de las potencias mediadoras en el conflicto dominico-haitiano, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, urgidas continuamente por el Gobierno. Toda una imponente masa de documentos encierra el secreto del asunto. Una reclamación tras la otra, interminablemente, forman el largo expediente.¹⁰ La esencia de todos los documentos es la misma: la siniestra actitud del vecino, el auge de las revoluciones alimentadas en la tierra enemiga, la constante perturbación de la paz con su ilimitada cohorte de males.

En nota del 4 de abril de 1860, a las Potencias mediadoras, dice la Cancillería dominicana: "La tregua de cinco años que por mediación de la Francia e Inglaterra celebró la República con Haití hacía concebir al Gobierno la esperanza de que ambos pueblos, sin hostilizarse, guardando recíprocamente las fronteras que ocupan, podrían dedicarse tranquilamente al cultivo de sus campos y gozar de los beneficios que debe proporcionar ese estado. A pesar de esto, un tráfico escandaloso se ha establecido en las fronteras de Las Matas apoyado y protegido por el jefe haitiano de Las Caobas. Los dominicanos que explotan sus cortes de caoba en la jurisdicción de Petit-Trou, son víctimas muy frecuentes de invasiones de parte de los haitianos, que vienen a llevarse sus bueyes, caballos y cuanto encuentran, obligándoles a vivir continuamente en una actitud defensiva, ajena del estado pacífico que debía existir en unos y otros, en virtud del armisticio. . ."

En la nota del 3 de mayo, a la Mediación, dice la Cancillería: "En las Matas y San Juan son tantos los robos que diariamente se cometen, que esas poblaciones, antes ricas, están asoladas completamente, a tal punto que en el territorio haitiano existen hatos formados exclusivamente con el fruto de esas depredaciones". El caso, cada vez más grave, lleva la alarma a todo el país. En la Nota del 21 de mayo, dice la Cancillería: "Por los informes que el Gobierno ha recibido se ha convencido de que el de Haití promueve y favorece cuanto puede ese espíritu que en su principio no fué más que de tráfico y después ha seguido siendo de *sonsaca* y *proselitismo de nuestras poblaciones fronterizas con la insidiosa mira de hacerse amigos entre los nuestros y facilitarse el medio de invadir nuestro territorio con más probabilidades de buen éxito que hasta ahora no han alcanzado*. Estas consideraciones han obligado al Gobierno a tomar todas las medidas preventivas que el caso requiere, movilizándolo una parte de su ejército, a cuyo frente marcha S. E. el Libertador Presidente de la República con la firme decisión de poner fin a ese estado de cosas".

Por escasos días puso fin, el General Santana, a la conflictiva situación. Dispersó a los rebeldes. encarceló a unos, fusiló a otros, dejó impuesto el orden, prontamente turbado. Como trofeos y testimonios de la participación haitiana en la revuelta de esos días, traía carabinas de Vincennes y de Mutzig, contramarcadas con la corona imperial de Haití.

En Nota del 17 de junio a la Mediación, la Cancillería hace responsable al Gobierno de Haití "de las ulteriores consecuencias que su conducta puede ocasionar y exige una indemnización de \$400,000.00 por los gastos que hasta hoy ha causado la movilización de las tropas que han acudido a la frontera para sofocar la rebelión".

Desde entonces las notas de la Cancillería a las Potencias se hacen más frecuentes, sin que logren detener al Gobierno haitiano en su política nefasta. En un extenso y revelador *Memorandum* del 4 de septiembre de 1860, a los Gobiernos de Francia e Inglaterra, la Cancillería dominicana hizo documentada exposición del grave problema que confrontaba la Nación frente a la conturbadora y tenaz actitud haitiana que conmovía en todos sus cimientos a la República. La enumeración de agravios es verdaderamente alarmante. Hasta pretende el mendaz enemigo que hay en el pueblo dominicano simpatías por la *unidad política de la Isla* bajo la odiada bandera haitiana. Acerca de ello dice el *Memorandum*: "En cuanto a las simpatías que manifieste el pueblo dominicano por la *pretendida unidad nacional*, bastará decir que la República no tiene un ejército regular, y que para realizar los ataques que, como el último, le dirige el perpetuo enemigo de nuestra independencia, ha menester llamar a las armas a los pacíficos campesinos que sueltan el arado para empuñar las armas. Pero el grito de guerra al haitiano hace salir de su hogar desde el niño hasta el sexagenario".

No obstante su buena voluntad en favor de los dominicanos, nada práctico alcanzan las Potencias Mediadoras y así, en presencia de tan alarmante estado de cosas, toma cuerpo la idea de la Anexión a España y es puesta en marcha. Es la única solución que se le ofrece al sentido político de Santana y de la mayoría de sus consejeros. La oposición al Libertador es también impulso que recibe el trascendental proyecto anexionista, y cuando el Gobierno haitiano se percató del caso, trata de ofrecer la paz que no había cesado de turbar por tantos medios y con tan denodada persistencia. ¡Pero ya es tarde! El 18 de marzo de 1861 se consuma la Anexión a la antigua Metrópoli sin que valgan de nada las protestas de



Haití ni el heroico sacrificio de Sánchez y demás ilustres mártires de la causa.

¡Qué estruendoso fracaso de la diplomacia haitiana! Desde Madrid, el 24 de abril, el General Felipe Alfau le daba al General Santana esta significativa noticia: "El General haitiano Dupuy se halla en esta Corte; ha venido para suplicar a este Gobierno que tome sobre sí el mediar en los asuntos de su país y el nuestro. Ha venido tarde. *Haití nada tendrá ya que ver con Santo Domingo, sino con España*".

La irritante e insostenible situación reflejada en las Notas de la Cancillería dominicana, en las que están claramente visibles los móviles de la Anexión a España, jamás tuvo expositor tan sagaz como el General Gándara, autor de la obra *Anexión y guerra de Santo Domingo*, escrita reflexiva y documentadamente después de haber luchado en suelo dominicano, al frente de las tropas españolas, en los memorables días de la Restauración. Dice Gándara, con toda la autoridad que es menester reconocerle, en diversos pasajes de su importante libro, hoy plausiblemente reproducido en el diario *El Caribe*: "Los dominicanos eran cada día más débiles y Haití cada vez más fuerte. Los dominicanos odiaban cada día con más encono a los haitianos y éstos mostraban cada vez más anhelo de domeñar y subyugar a sus vecinos. Entonces, *bajo la penosa influencia de aquel peligro inevitable*, los dominicanos pensaron en un medio supremo, en un recurso extraordinario para salvarse del mal que les amenazaba; pensaron en unir su suerte a la de un pueblo fuerte y capaz de *garantizar su independencia de Haití*. . . Todos, además del móvil que impulsaba a cada uno, obedecieron al deseo de verse *para siempre libres de Haití*. . ."

Es de agradecersele al General Gándara su afirmación de que "sin necesidad de la Anexión", España habría podido "proteger a Santo Domingo contra Haití", cosa que Pedro Santana trató inútilmente de obtener desde mucho antes de la Anexión. El mismo Gándara lo reconoce en forma bien honrosa para los dominicanos, ya fatigados de ser perpetuas víctimas de Haití y en inminente peligro de sucumbir nuevamente, anonadados por el negro y bárbaro invasor. Decía Gándara: "Lo que a Santo Domingo importaba en primer término, lo que clara y repetidamente habían implorado, era la sombra, el amparo moral del pabellón español, *que obligara a Haití a renunciar para siempre a toda tentativa y pretensión de reconquista*". Pero, no quiso España conceder la protección que buscaba Ramón Mella en Madrid en 1854, ni el "amparo moral" de que habla Gándara, si-

no la Anexión, con todas sus insospechadas consecuencias.

Además, cualquier remedio, por extremoso y descaminado que fuese, justificaba con creces el empeño dominicano en no volver a merecer el vergonzoso anatema que pesara sobre nosotros en la tremenda frase del soldado e historiador español González Tablas, alusiva a la dominación haitiana: "Por primera vez en la historia del Universo mandaron los negros y obedecieron los blancos".

Otro valioso testimonio que viene en apoyo de la tesis de la culpabilidad de Haití en el hecho de la Anexión, es el de Sir Spencer Saint John, quien vió muy de cerca los sucesos de entonces, en Port-au-Prince, en la propia capital haitiana. En su obra *Haití ou la Republique noire* hace esta rotunda y autorizada afirmación: "Al año siguiente (1861), *Haití recogió el fruto de su obstinación en rehusar reconocer la independencia del Este. Desalentados por el estado de tensión perpetua de sus relaciones con la República Negra, los dominicanos resolvieron someterse de nuevo a España, y en el mes de marzo de 1861 Santo Domingo fué declarado colonia española con el General Santana, hijo del país, como primer Gobernador General. Geffrard se encontró entonces frente a un nuevo peligro, porque ninguna cuestión había sido arreglada, y en particular la más importante, la de las fronteras*".

Tal es la autorizada opinión de Saint John, quien conoció, íntimamente, tanto la política haitiana como la dominicana. A este juicio y a los del General Gándara, concordantes con la realidad, bastará agregar una sola declaración de procedencia haitiana que vale por todas: la del Presidente de Haití, Favre Geffrard, firmada por él y sus Ministros. En su tardía protesta del 6 de abril de 1861, Geffrard hacía esta atrevida confesión, que nada tenía de reveladora, por ser demasiado notorio su contenido: "Nuestras constituciones todas, desde nuestro origen político, han declarado constantemente que *la Isla entera de Haití no formaría más que un solo Estado*. . . El Gobierno haitiano. . . ha querido, pues, formar siempre con la población dominicana *un Estado único y homogéneo*". Esta declaración constituiría por sí sola una confesión de la evidente culpabilidad de Haití en la obligada empresa de la Anexión a España. Porque no eran meras palabras las de Geffrard, sino propósitos cruenta y largamente perseguidos.

Quien busque, con ojos de sociólogo, la raíz del magno suceso de 1861, encontrará que las causas de

la Anexión fueron, desde puntos de vista esenciales, las mismas que produjeron las devastaciones de 1603 y 1605. Para evitar el aniquilamiento de nuestra hispanidad, Santana "destruyó" el Estado dominicano; para evitar el establecimiento de los aventureros que al fin constituyeron las primeras avanzadas del pueblo occidental, el Gobernador Osorio y López de Castro destruyeron las florecientes ciudades del Norte de la Española, origen del Estado haitiano y de la desventurada dualidad étnica y política de la Isla. La obra de Osorio y López de Castro, tan objetivamente juzgada por Peña Batlle, y la obra de Santana, aún sin verdaderos jueces, constituyen los extremos de un mismo drama, la misma frustrada solución del más grave problema antillano, sin cuyo conocimiento no puede hablarse rectamente de la República Dominicana del pasado ni tampoco de la presente. Grave problema que un día, memorable día de justicia, el 8 de agosto de 1851, inspiró al Vizconde Lord Palmerston, Ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, su cruda y recia declaración al agente haitiano en Londres, el apabullado Monsieur Villaveleix, de que las Grandes Potencias "No estaban dispuestas a permitir a la raza negra de Haití subyugar al pueblo dominicano, de origen español".

¿Existe aún el peligro haitiano? Quizás no en la forma en que se producía en el pasado, pero evidentemente que sí en otras nuevas e insidiosas formas de perturbación de la vida dominicana. Ya lo había predicho clarivamente el General Santana cuando, recién realizada la Anexión, en carta del mes de julio de 1861 le hablaba al Gobernador de Cuba de la "lucha sempiterna con Haití, ese peligro de ayer, que es el de hoy y será también el de mañana". ¡Qué gran advertencia para ahora y para el porvenir! Es como una voz de mando de Santana, que estamos en imperiosa necesidad de obedecer como le obedecieron sus soldados en Las Carreras.

Por estos rumbos, pues, debería orientarse el examen de las causas de la Anexión, para mayor y más pura edificación de las generaciones dominicanas, así como para conocimiento de aquellos que al hablar de la historia de la Isla ignoran hasta qué alarmante grado fué Santo Domingo víctima de Haití y cómo seguiría siéndolo si la Nación dominicana de hoy no contase con su fuerza y su prosperidad presentes.

Puede afirmarse, en resumen, que la Anexión a España fué empresa defensiva de nuestra hispanidad, realizada por Pedro Santana en vista del inminente peligro haitiano. Y ello no será para mengua de las glorias de los próceres de 1863. En la guerra de la Restauración imperaba un nuevo espíritu dominicano; una nueva comprensión del caso dominicano; una nueva juventud que recogía un ideal desfalleciente para darle nueva vida a la República. Fué una lucha entre dos generaciones, como son siempre las grandes luchas sociales.

Cabría repetir ahora, finalmente, lo que expresamos en pasada ocasión al referirnos a las vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo, frente a la extraña lengua, al francés adulterado del antiguo dominador: Triste de la América si aquí, alfa de su civilización, donde se alzan sus primeros monumentos, donde reposa su inmortal Descubridor, de donde partieron sus grandes héroes y misioneros, fuera territorio de una raza distinta de la española! Por eso la creación de la República Dominicana no fué un simple hecho político. Fué, principalmente, la culminación de la heroica y persistente empresa defensiva de una cultura y de un espíritu, de la cultura y del espíritu hispánicos en el primer establecimiento español del Nuevo Mundo.

